

Infancia y Sociedad

Dr. Santiago Rosales
Pediatra

Cualquier sociedad sería verdaderamente imparable si todos sus miembros fueran educados para mantener, durante toda su vida, el mismo grado de curiosidad y creatividad que tenían en su infancia.



Una infancia sin infancia

Quienquiera que esté en contacto frecuente con la población infantil (padres, educadores o pediatras) puede darse cuenta de que la estructura social en sí no favorece una infancia de calidad. La competitividad profesional imperante en la vida de los adultos parece obligar a exigentes planes de estudio desde edades bien tempranas: pequeños escolares que, apenas comienzan los cursos de primaria, han pasado ya muchos de ellos por pruebas psicológicas, generalizadas en algunas escuelas, siendo algunos catalogados como «inmaduros» o «infantiles» a la temprana edad de 7 u 8 años, según patrones establecidos por los adultos, como si éstos fueran incapaces de adaptarse a la creatividad, espontaneidad y diversidad de los niños y quisieran adaptarlos pronto a su vida de adulto, privándoles de una infancia viva y variada, llena de curiosidad y esencialmente creativa, en aras de una preparación (fundamentalmente técnica) para el futuro.

Para cuando llegan a la preadolescencia, una edad en la que conceptos de «futuro», «ganarse la vida», etc. son tan lejanos e incapaces de motivar, muchos han experimentado ya una fuerte presión intelectual. El volumen de información es, para algunos, superior a lo que son capaces de asimilar en el tiempo asignado, por lo que corren el riesgo de ser clasificados como mediocres sin realmente serlo y privándoles de aquello que más necesitan para triunfar en la vida: la seguridad en sí mismos.

No es de extrañar, pues, que el insomnio, la angustia y la depresión afecten también a niños y adolescentes: comienzan la vida con estrés, una situación más propia de la edad de sus padres que de la suya. La sociedad tiene pocos niños y los pocos que tiene son tratados como adultos. De ahí que pueda afirmarse que la infancia corre un riesgo real de ser anulada.

La infancia, como tal, es un bien necesario para la sociedad, no solamente porque los niños de hoy serán el báculo de los adultos cuando éstos sean ancianos, sino porque es un ejemplo constante de lo que es el ser humano en su estado natural.

La infancia, ¿maestro de adultos?

Efectivamente, el adulto puede aprender mucho de la infancia si tiene ojos para ver, oídos para oír y



tiempo para reflexionar. Un ejemplo: el niño es esencialmente curioso, tiene deseos de aprender y disfruta aprendiendo. Esto ya supone todo un modelo para los muchos adultos instalados en la rutina cuyo único aliciente es el viernes que llega cada semana. Cualquier sociedad sería verdaderamente imparables si todos sus miembros fueran educados para mantener durante toda la vida el mismo grado de curiosidad y creatividad que tenían en su infancia.

Pero sucede lo contrario. La palabra que con más frecuencia escuchan los niños durante sus primeros años de vida es «no»: no hagas, no toques, no digas, no subas, no bajes, no, no, no... Con la mejor voluntad del mundo, el adulto intenta proteger de este modo a los que aún no conocen los peligros que les acechan.

Sin embargo, el número de «noes» con los que el adulto inhibe la curiosidad, la espontaneidad o la creatividad de la infancia podría reducirse con sólo dos acciones: a) reflexionando un segundo sobre la necesidad real de prohibir algo, antes de lanzar de forma automática la prohibición; b) presentando al pequeño una alternativa creativa e interesante que evite la necesidad de prohibir. Para ejercer esta segunda opción, el adulto necesitará a su vez de una buena dosis de creatividad y curiosidad, virtudes

que sin duda podrá poner en práctica, si no le han sido anuladas, también a él, durante su infancia.

La sociedad, protectora de la infancia

Sería lógico pensar que la infancia tendría que ser protegida con esmero por la sociedad, como se cuida y se protege un bien necesario y escaso. Frente a lo que sucede en la industria y el comercio, donde por criterios económicos la inversión se dirige allí donde mayor es el número de potenciales consumidores, en la infancia debería ocurrir precisamente lo contrario: que el escaso, pero valioso, número de individuos incitase a la sociedad a realizar inversiones para su protección y cuidado. Algo así se hace con las especies en peligro de extinción.

Sin embargo, ¿cuida adecuadamente la sociedad occidental a su infancia? Repasemos algunos datos: la delincuencia juvenil aumenta y estos delincuentes son cada vez más jóvenes, aún niños (Columbine, EE.UU.); los suicidios de adolescentes han aumentado espectacularmente en los últimos 20 años y representan la tercera causa de mortalidad en jóvenes de 10 a 19 años en Estados Unidos, tras los accidentes y los homicidios; la prostitución infantil está organizada; el consumo o la incitación a la droga llega a las puertas de las escuelas; la violencia se enseña diariamente en las pantallas de televisión... No es éste ciertamente un panorama ejemplar, un modelo social de protección a la infancia.

Es verdad que se han vencido muchas enfermedades infecciosas, que el raquitismo de antaño ya casi no existe, que las atenciones estrictamente médicas cubren prácticamente al 100% de la población infantil. Y sin embargo, pese a todos estos logros, tan meritorios, necesarios e importantes, cabe preguntarse: ante los nuevos problemas de la infancia actual, ¿es esto todo lo que la sociedad debe ofrecer hoy a sus miembros más jóvenes para continuar preparándoles un futuro adecuado?

La forma cómo se proteja a la infancia, con mayor dedicación y cuidado cuanto menos numerosa sea ésta, será un reflejo de la madurez e inteligencia de la sociedad. ☒

¿Quiere comentarnos algo sobre lo que ha leído?
No dude en ponerse en contacto con nosotros al correo electrónico: infopadres@edicionesmayo.es